

“Vendíanse y permutábanse las mercancías por número y por medida; pero no sabemos que se sirviesen de peso: ó por que lo creyesen expuesto á fraudes, como lo dicen algunos escritores, ó porque no lo juzgasen necesario, como afirman otros, ó porque si lo usaban en efecto, no llegó á noticia de los españoles.” 9

LECCION DECIMAQUINTA

Lengua mexicana. —Oratoria y poesía. —Teatro. —Música. —Baile. —Juegos. —Pintura. —Caracteres numéricos. —Escultura, Fundición y mosaico.

La lengua mexicana era la propia y natural de los acolhuas y de los aztecas, toltecas, y de toda la familia.

Carece totalmente de las consonantes *b, d, f, g, r* y *s*: abundan en ella la *c, x*, la *t* y la *z*, así como los sonidos compuestos *tl, tz*. Hay poquísimas palabras agudas: casi todas las palabras tienen la penúltima sílaba larga. Sus aspiraciones son suaves, y ninguna de ellas es nasal.

A pesar de la falta de consonantes que hemos mencionado, es idioma rico, culto y expresivo, aunque no al punto, como han pretendido algunos admiradores entusiastas, de ser superior á otros idiomas cultos.

Faltan á la lengua mexicana los superlativos y comparativos; pero suplen esta falta con partículas de que se sirve diestramente.

Los verbos también se adicionan y varían haciendo su uso abundante y expresivo: por ejemplo *chihua* significa hacer; *chichihua*, hacer de prisa; *chichilca*, hacer á otro, *chihualtia*, mandar hacer; *chihuatlhu*, ir á hacer.

Hay voces en el idioma mexicano, que empleadas en la conversación la hacen cortés y respetuosa. *Tatli* significa padre; *amotatzin*, vuestro señor padre.

Tleco es subir: usado como mandato á un inferior, es *xitleco*; como ruego á un superior, es *ximotlecahui*; á una persona muy respetable, se decía *maximotlecahuitzin*.

Tlazotli quiere decir amado; *mahuitzin*, amado y reverenciado.

Permite el mexicano la formación de una palabra compuesta de otras dos ó tres, y en los nombres su definición por medio de palabras compuestas.

Hemos visto, al hablar de los embajadores y del príncipe Netzahualcoyotl, que en la oratoria y la poesía eran los mexicanos extremados, acostumbraban á los niños desde su infancia más temprana á hablar con elegancia y propiedad.

Los sacerdotes eran los que cultivaban estas artes preciosas que tanto enriqueció el talento.

La poesía se ostentaba en himnos á los dioses, máximas de la moral más pura, y como debe ser la elevada poesía en las nobles manifestaciones de los sentimientos del alma.

En el lenguaje abundaban las comparaciones á que una naturaleza rica, un cielo purísimo y aire poblado de aves canoras y una tierra esmaltada de flores deliciosas se prestan. En la poesía era donde abundaban las palabras compuestas: se encuentran de éstas que llenan un solo verso de los mayores.

Háblase mucho de las composiciones dramáticas, y aun se mencionan con aprecio las referentes á la aparición de la Virgen de Guadalupe; pero por lo que dice Clavijero, se viene en conocimiento de que había teatro en que se hacían representaciones burlonas y aparecían sordos, cojos, tullidos y sanaban por influjo de los dioses, y las muchachas y bailarinas hacían el final de estas fiestas en medio del regocijo universal.

Los primeros misioneros, aprovechando la afición decidida de los indios á la poesía, compusieron himnos y cánticos místicos en mexicano, de que se hacían grandes elogios, citándose entre otros los del padre Sahagun y una composición sobre el juicio final, del célebre misionero J. Andrés Olmos.

Los instrumentos músicos de los mexicanos eran el huehuetl ó tambor mexicano, hecho de madera y cubierto de una piel de ciervo; el teponaztli, cilindro hueco, todo de madera, con unas aberturas y gradaciones en el grueso de la madera, para producir sonidos distintos cuando se golpeaba con bolillos, de madera también.

Las cornetas, los caracoles marítimos y unas flautas pequeñas de sonido agudísimo, eran todo el instrumental músico. Este arte, dice Clavijero, fué en el que menos sobresalieron los mexicanos.

Eran tenidos en mucho los bailes, y los mexicanos les daban grande importancia, variándolos y embelleciéndolos extraordinariamente.

El rey, los sacerdotes, lo más florido de la nobleza, las vírgenes consagradas al templo, y los plebeyos de la más infima clase, todos bailaban.

Los altos personajes llevaban en las manos plumas, sonajas y flores; ostentaban para el baile los trajes más ricos. Los plebeyos adoptaban la representación de varios animales, y los bufones amenizaban la función.

Comunmente la concurrencia á los grandes bailes se formaba en tres círculos: uno pequeño en el centro; otro más grande rodeándolo á distancia, y otro máximo que abrazaba los dos anteriores.

Se cantaba al son de la música, y el baile comenzaba: el primer círculo se movía grave y respetuoso, el segundo con mayor animación, y el tercero con celeridad extraordinaria y algazara estrepitosa hasta el frenesí. Aquellos remolinos de trajes, de penachos, de plumas, de sacerdotes, de guerreros y de hermosas mujeres, tenían encantos que recuerdan los historiadores con complacencia.

Había variedad de bailes y el llamado *tocotín* tan lleno de majestad, que se conservó en los templos aun despues de la conquista.

Clavijero menciona un baile que consistía en dar vueltas al rededor de una asta elevadísima de que pendían cordones y cintas y que llevaban los bailarines en las manos, tejiendo al son del baile, jaspes y labores bien matizados y preciosos, deshaciendo estas labores de un modo igualmente vistoso al terminar el baile.

Tenían juegos públicos y privados los mexicanos, como la carrera y los simulacros de campaña, y el volador y la pelota, de que tenemos idea.

En equilibrios y en juegos de manos y pies, eran los mexicanos muy diestros. Mencionan los historiadores el ejercicio que llamamos vulgarmente "bailar la tranca," y consiste en que un hombre colocado de espaldas en el suelo, sostenga, aviente y haga girar con los pies una viga. Los mexicanos la sostenían con un hombre que bailaba en cada uno de los dos extremos de la viga, lo cual maravilló á los españoles.

La pintura hacia el oficio de escritura histórica: los toltecas fueron los primeros que la usaron: de éstos y de los acolhuas la aprendieron los chichimecas y los otomís que abandonaron la vida salvaje.

No solo se aplicaban las pinturas á la historia, sino á la cronología, á la astronomía, á los códigos y aun á usos más privados, como los títulos de tierras.

En Texcoco estaba la principal escuela de pintura, y allí existían la mayor parte de los tesoros de la historia que fueron aprovechados por los conquistadores.

Pintaban comunmente sobre el papel ó pieles adobadas, ó telas de hilo de maguey ó de palma llamada *Yecotl*.

Para obtener el color blanco calcinaban la piedra *chimatlizatl*, que así preparado se parece mucho al yeso fino, ó usaban de la tierra mineral *tizatalli* que produce un blanco mate como la escayola.

El negro lo formaban de humo de ocote.

El azul turquí, de añil.

Para el rojo, de *achiote*; para el morado y la púrpura, la cochinilla.


El amarillo se hace con ocre ó *xochipalli*, que conocemos hasta el día.

Para dar consistencia á los colores, los mezclaban con la planta llamada *oautle* y con el excelente aceite de chia.

No sobresalían en el dibujo los mexicanos, ni tenían estudio ni conocimiento del clarooscuro. Las pinturas, aunque dan idea de los objetos y aun de las personas que quieren representar, distan mucho de la perfección.

Representaban las horas que querían describir, con sus pro-

pías figuras; aunque muchas veces procedían por indicaciones que bastaban para los inteligentes.

«Respecto á los caracteres numéricos—dice Clavijero—ponían tantos puntos cuantas eran las unidades hasta veinte; este número se representaba con una figura semejante á ésta  llamada "Pohualli," una figura que imitaba la extremidad de una pluma equivalía ó 400 ó zontli.

«El signo 400 se repetía hasta veinte veces ó sean 8,000, que es otro signo como una bolsa llamado *Xiquipilli*, y con la combinación de dos signos llegaban hasta 160,000.

«Para representar una persona determinada—dice el autor que extractamos—pintaban un hombre ó una cabeza humana y sobre ella la significación de su nombre; como vimos al hablar de los reyes, la poesía y la tradición suplían lo imperfecto de las pinturas.»

En cuanto á sus jeroglíficos, podemos decir lo siguiente:

Los indios del Perú, en coincidencia singular con los chinos, usaban unas cuerdas largas y pequeñas de diversos colores que hacían, aunque muy imperfectamente, veces de escritura.

Los toltecas usaban los jeroglíficos, aun antes de llegar á Huehuetlapalan.

Los mexicanos tenían unos sabios (amoxoaque) destinados á descifrar la escritura jeroglífica.

En los jeroglíficos ó imperfectísimas pinturas que son como escritura mexicana, apenas se distinguen claramente el hombre y la mujer y no los animales y otros objetos. Más que pinturas son signos.

Los colores empleados en esas pinturas son: blanco, negro, azul, rojo, verde, amarillo, morado, etc.

El papel empleado era de algodón, pita, pieles curtidas, etc., y usaban una especie de punzón ó pincel para pintar.

La mayor biblioteca era la de Texcoco.

La lectura se enseñaba en los colegios. Los libros versaban sobre ciencias, artes, historia y toda clase de materias, teniéndose sumo cuidado y dispensando gran consideración á los cronistas.

En cuanto á la importancia de esta escritura, unos la enca-

recen y otros la deprimen por creerla adulterada por los frailes.

No obstante lo expuesto, son notables y dignas de crédito la colección de Kingsborough, el Código Mendocino, las pinturas Aubin, antes de Boturini, y otras.

Sobre la veracidad de los jeroglíficos puede consultarse á Alba Ixtlilxochitl, Sahagun, Durán, Torquemada, Gama, Betancourt y otros.

De todos modos, los jeroglíficos son datos auténticos las más veces y preciosos para la historia.

El Sr. Orozco, de quien extractamos esta nota, opina por que la idea primera para perpetuar un hecho fué reproducirla, y de ahí, para la copia, la necesidad de la pintura.

Simplificando la reproducción total, un combate lo representaban dos guerreros peleando.

La simplificación pasó del grupo á los objetos, y en los objetos mismos; un árbol por una rama ó perfil convencional. Así, hombres y animales se representan por las cabezas.

A los signos mímicos ó figurativos se llamó kiriológicos.

Los caracteres simbólicos son los convencionales. La escritura ideográfica representaba los objetos, pero con significación convencional.

Al bautismo lo representaron los indios con un religioso que tenía un jarrito en la mano vertiendo el agua sobre la cabeza del indio.

La escultura fué conocida y practicada por los antiguos toltecas: los mexicanos tenían ya escultores cuando salieron de Aztlan.

Hacían las estatuas en todas posturas y actitudes, lo mismo que los grabados y los relieves en piedra, sirviéndose de piedras más duras y de algun cilindro de cobre.

El número de estatuas que encontraron los españoles fue inmenso, al punto que, destrozadas, sirvieron para la mayor parte del cimiento de nuestra Catedral.

En la fundición sobresalian, y de ello pueden dar testimonio los obsequios que hicieron á Carlos V, de que hablaremos después.

«Fundian dice—Clavijero—una vez un pez que tenía las es-
«camas alternativamente de plata y oro: un papagayo, con la
«cabeza, la lengua y las alas movibles; un mono con la cabeza
«y los pies movibles y con un huso en la mano en actitud de
«hilar. Engarzaban las piedras preciosas en oro y plata y ha-
«hacían joyas curiosísimas de gran valor.»

De los mosaicos de pluma tenemos aún alguna idea, aun-
que muy imperfecta, puesto que los mexicanos hicieron en ellos
adelantos tan admirables que dejaban atrás las maravillas del
pincel. Tenían los mexicanos en gran estima este arte; cuida-
ban especialmente los pájaros de que se servían, ocupaban mu-
chas gentes en la preparación de las plumas, y se vendían á
precio de oro las obras que resultaban sobrenaturales.

El pájaro cuyas plumas usaban de preferencia, era el colibí,
de esmaltadas y riquísimas. Tomaban las plumas con cierta
sustancia blanda para no maltratarlas, y las pegaban á la tela
con *tezautli* ó con otra sustancia glutinosa; despues unían todas
las partes sobre una tabla ó sobre una lámina de cobre y las
pulían suavemente hasta dejar la superficie tan igual y tan li-
sa que parecía hecha á pincel. 12

LECCION DECIMASEXTA

ARQUITECTURA.—INDUSTRIA.—USOS Y COSTUMBRES

Los toltecas, como ya hemos dicho, cõntaban entre los títu-
los que denotaban su civilización, el de ser adelantados en ar-
quitectura: los chichimecas, acolhuas y otras naciones aprendie-
ron de ellos y dejaron monumentos de sus adelantos en es-
te arte, de los que se mencionan los de las orillas del Gila y
los de las inmediaciones de Zacatecas.

Las casas de los pobres eran de cañas ó de ladrillos y fan-
go. Cuando la familia no era del todo infeliz, además de las pie-
zas para la habitación había un *ayahucalli* ú oratorio, un *temaz-
calli* ó baño y un pequeño granero.

Las casas de la gente acomodada eran de piedra y cal: te-
nían dos pisos; sus muros eran tan blancos y relucientes, que

al verlos por vez primera los españoles los creyeron de plata:
el pavimento era de una mezcla igual y lisa.

No usaban puertas, pero sí cortinas, y junto á ellas coloca-
ban tiestos ú otros objetos que hicieran ruido cuando alguno
entraba.

Supieron los mexicanos construir arcos y bóvedas, como lo
acreditan los baños de Texcoco y así como servirse de ador-
nos que suponen civilización avanzada. Las columnas cuadra-
das y cilíndricas no tienen base como las nuestras, y en general
los cimientos de los edificios eran débiles.

En tiempo de Ahuitzotl se aplicó el *tezontli* á las construc-
ciones y desde entoncees se generalizó, dando mayor ligereza
y solidez á los edificios.

Los templos, los palacios de Moctezuma y otros monumen-
tos dicen más que lo que nosotros pudieramos, y justifican lo
que decía Cortés en una de sus cartas á Carlos V:

«Tenía Moctezuma casas tan grandes y maravillosas que no
«puedo dar á entender de otro modo su excelencia y grandeza
«si no es diciendo que no las hay iguales en España.»

Construyeron los mexicanos muchos y buenos acueductos.

Los más notables eran los de Chapultepec, que conducían
el agua á la ciudad; de piedra y mezcla, de cinco piés de alto
y de dos pasos de anchura, y el de Tezcacingo cerca de Tex-
coco.

Además de la piedra común, trabajaban los aztecas el már-
mol, el jaspe, el alabastro, el *ixtli*, y otras piedras finas. Del
ixtli hacían espejos guarnecidos de oro, y aquellas excelentes
navajas que usaban en sus espadas y de que se servían los
barberos.

Los joyeros pulían con perfección varias piedras preciosas,
con especialidad las esmeraldas, y ninguno se enterraba sin que
tuviera una colgada en el labio inferior para que le sirviese
de corazón, segun ellos decían.

Los alfareros no sólo hacían toda clase de vajilla para los
usos domésticos, sino cosas de pura curiosidad. Los más famo-
sos alfareros fueron los de Cholula, y despues de la conquista,
los de Cuautitlán.

Los carpinteros trabajaban muy bien toda clase de madera, usando instrumentos de cobre para su ejercicio.

Las fábricas de tejidos eran conocidas y propagadas entre los aztecas, aunque les eran desconocidos la lana, la seda común y el cáñamo.

Suplian esas materias con algodón, pluma, pelo de conejo, y de liebre, y el cáñamo con fibras de palma y de maguey.

Del hillo de maguey se servían para cuerdas y otros utensilios.

Curtían muy bien las pieles de cuadrúpedos y de las aves, dejándoles unas veces el pelo y la pluma, ó quitándoselos según el uso que de ellos querían hacer.

Clavijero, para dar una idea de la industria y de los adelantos de los mexicanos en las artes, copia la lista de las curiosidades enviadas por Cortés á Carlos V. En esa lista se mencionan las imágenes del Sol y de la Luna, de oro la primera y de plata la segunda, perfectamente trabajadas; brazaletes y collares con esmeraldas y rubies, zapatos, pieles, espejos de piedra y tegidos de algodón, que fueron justamente admirados en Europa.

Además del conocimiento que tenían los mexicanos, en varias industrias, como ya hemos expuesto, mencionan algunos historiadores sus adelantos en la medicina.

«A los médicos mexicanos—dice Clavijero—debe la Europa «el tabaco, el bálsamo americano, la goma copal, el liquidámbar, la zarzaparrilla tepaneca, piñones purgantes, etc.» Tenían eméticos como el *Miexochitl*, diuréticos como el *Agispatl*, antidotos contra las morduras de las serpientes, como el *quaco* y el *coapatli*, estornutarios como el *zozoyatic*; febrifugos como el *chatalhuic*, y multitud de plantas de que hace mención el Dr. Hernández.

Usaban para los baños, del *temazcalli* especie de horno en que recibían baños de vapor.

Es raro que los mexicanos no estuvieran expuestos á muchas enfermedades, atendiendo á sus alimentos que ofrecen singularidades notables.

Comían en sus días de miseria, y aun después, raíces de

plantas acuáticas, culebras, insectos y moscas. De los huevos de ciertas moscas formaban el *ahuautli*. Comían esa nata fangosa que nada sobre las aguas, que se conocían con el nombre de *Tecuitlatl*, es decir, excremento de piedra. Cuando mejoró la fortuna de los mexicanos, el principal alimento fué el maíz en sus diferentes preparaciones.

Comían también el cacao: la chia para las bebidas.

Los mexicanos no hacían consumo de carne como los europeos; no obstante, en los banquetes y en las mesas de los ricos se servían ciervos, conejos, jabalíes mexicanos, y otros varios cuadrúpedos, peces y aves.

Las frutas más estimadas eran mamey, zapote, chicozapote, piña, chirimoya, aguacate, anona, pitahaya, capulín, tuna; siéndoles desconocidas, entre otras frutas, las peras, las manzanas y los melocotones.

El condimento de los manjares, además de la sal, era el chile y el tomate.

La bebida más estimada como vino era el pulque, palabra tomada de la lengua araucana, que se aplica á toda clase de hebidas en Chile.

Los vestidos de los mexicanos eran sencillos en extremo, y se reducían, en los hombres, la *maxtlatl* y al *tilmatli*, y en las mujeres al *cueitl* y al *huepilli*. El *maxtlatl* es una faja con las extremidades pendientes por delante y por detrás. El *tilmatli* era una capa cuadrada, de cerca de cuatro piés de largo, cuyas extremidades se anudaban al pecho ó sobre un hombro.

El *cueitl* eran las enaguas comunes de que se servían las mujeres: se reducía á una tira, también cuadrada, en que se envolvían desde la cintura á media pierna.

Hombres y mujeres, entre los mexicanos, se dejaban crecer el pelo. Las mujeres llevaban la cabellera suelta, y los hombres se la ataban con cintas y la adornaban con penachos de plumas.

Adornaban el traje con flecos de oro, con plumas y joyas, y los hombres y mujeres usaban brazaletes, collares y pendientes de piedras preciosas en las orejas, en el labio y la nariz.

No correspondían á tanto lujo los muebles y artículos domésticos.

Las camas se reducían á una ó dos esteras de junco: los ricos tenían sábanas de algodón ó telas tejidas de plumas. La almohada de los pobres era una piedra ó un pedazo de madera.

Comían al rededor de una estera ó petate. Tenían servilletas, platos, fuentes, ollas y jarros de barro. En ninguna casa faltaban el comal y el metate.

Jicaras y tecomates eran los vasos en que comunmente bebían.

Desconocían los mexicanos el uso de la luz artificial. Sacaban fuego, cuando les era necesario, con el roce de dos palos.

Parece que comían una sola vez: comían poco, pero bebían mucho y con frecuencia. Fumaban muy poco. Para asearse y lavar sus ropas se servían del amoli, conocido hoy porque lo usa como jabón nuestra gente pobre.

NOTA.—Esta última parte de la Historia antigua referente á las leyes y costumbres, así como el estado de civilización de los mexicanos, sería difusa al extremo, y aun inconveniente por su superficialidad, si no hubiera sido dispuesta con dos objetos: primero, para despertar en el ánimo de la juventud el amor á más serios estudios análogos al carácter filosófico de la Historia, y en segundo lugar para que el maestro, con su buen criterio y en vista de la aptitud de sus discípulos, compendie ó amplie estas materias, por desgracia muy descuidadas en otros compendios.

SEGUNDA PARTE

LECCION PRIMERA

Colón.—Rasgos biográficos.—Descubrimiento del Nuevo Mundo.

Dejemos á Moctezuma en medio de su grandeza, empeñado en guerras sangrientas, con el rencor de poderosos pueblos y de repúblicas estrechamente unidas; asaltado por constantes alarmas y sobrecogido por augurios á que su fanatismo daba importancia extrema, y veamos lo que sucedía en el mundo antiguo, de que estábamos de todo punto ignorados.

Al hablar del descubrimiento del Nuevo Mundo, ocupa nuestra imaginación, gigantesca, luminosa, la figura de Cristóbal Colón, que parece llevaba escondido dentro de su seno un mundo, y que pedía un espacio para sacarlo de allí, colocarlo del otro lado del mar, y espantar al antiguo Continente con aquel alumbramiento, que como que engrandecía y completaba las obras del mismo Dios.

¿Quién fué este Cristóbal Colón? Lo vamos á saber con una poca de paciencia y atención. Aunque Cogoleto, Finali, Quinto, Herri y otros pueblos se disputan la gloria de haber sido la cuna de Colón, la Historia conviene en que fué su patria Génova, sus padres, Domingo Colombo, verdadero apellido del descubridor, y Susana Fontana Rosa: el año en que nació fué 1436. Estudió primeras letras en su patria, é hizo estudios de matemáticas, geografía, latín y astronomía en la Universidad de Pa-